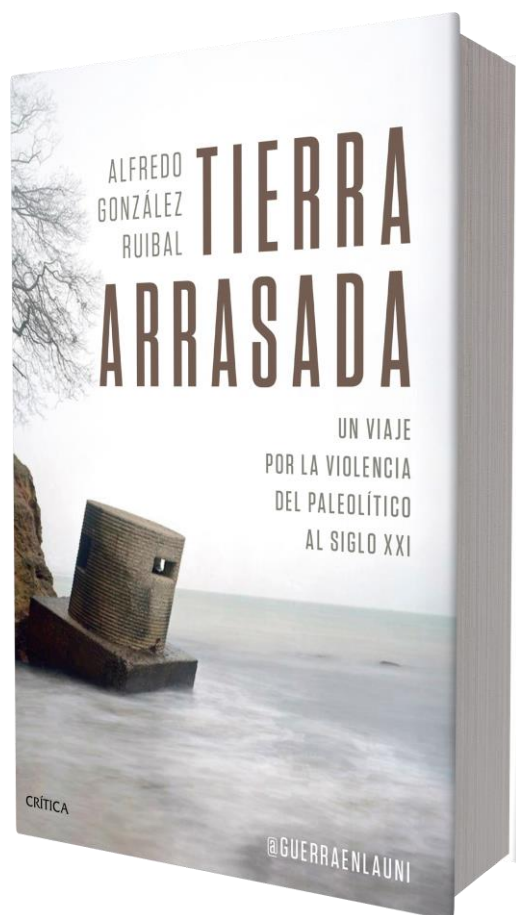


CRÍTICA

ALFREDO
GONZÁLEZ
RUIBAL
**TIERRA
ARRASADA**
UN VIAJE POR LA VIOLENCIA
DEL PALEOLÍTICO AL SIGLO XXI



A LA VENTA EL 10 DE MAYO

MATERIAL EMBARGADO HASTA PUBLICACIÓN

AUTOR DISPONIBLE PARA ENTREVISTAS

PARA AMPLIAR INFORMACIÓN, CONTACTAR CON:
Itziar Prieto (Responsable de Comunicación Área Ensayo):
659 45 41 80/ iprieto@planeta.es

SINOPSIS

Lejos de ser una armónica sucesión de civilizaciones, la historia de la humanidad esconde también un legado de violencia y destrucción. Escombros, cenizas y huesos son el legado material de guerras, conflictos y sufrimientos que tuvieron como escenario desde antiguos campos de batalla o palacios de ensueño hasta las ruinas de una aldea o las fosas de genocidios. El registro arqueológico de esa tierra arrasada nos permite recuperar los últimos suspiros de un soldado caído o los gritos ahogados de un pueblo asolado por sus enemigos, para así completar un relato de nuestro pasado más humano, palpitante y tangible.

El reconocido arqueólogo Alfredo González Ruibal nos plantea un viaje que cubre desde los sacrificios rituales del Paleolítico hasta las razias medievales o las trincheras contemporáneas y que viaja de la selva amazónica a los altiplanos africanos o los escenarios de las conquistas romanas. A partir de su experiencia directa en yacimientos y excavaciones, compartimos el horror ante las muertes violentas, la fascinación ante descubrimientos perturbadores y maravillosos, y el deslumbramiento de interpretaciones y hallazgos tan reveladores como fascinantes sobre nuestra capacidad para destruir y crear.

EL AUTOR



ALFREDO GONZÁLEZ RUIBAL es arqueólogo en el Instituto de Ciencias del Patrimonio del CSIC. Aunque es doctor en arqueología prehistórica, ha dedicado buena parte de su carrera a estudiar el pasado más reciente. Y aunque odia viajar, ha realizado trabajo de campo en Italia, Brasil, Sudán, Guinea Ecuatorial, Etiopía, Somalilandia y Yibuti. No es extraño pues que, odiando la guerra, se haya dedicado al estudio del conflicto. Divulga sobre arqueología e historia en Twitter como @Guerraenlauni.

EXTRACTOS DE LA OBRA

«Este libro pretende contar la guerra a partir de los restos arqueológicos. Del Paleolítico a nuestros días, de China a los Andes. Muchos milenios de violencias colectivas que nos han dejado fosas comunes, fortificaciones y campos de batalla. Y, sobre todo, han dejado la tierra arrasada: los estratos de carbón, escombros y cenizas que encontramos los arqueólogos al excavar un lugar destruido por la guerra. Ahí descubrimos una parte de la verdad de la historia, a veces la más cruda. Y es una verdad que, como dice el escritor argentino Juan José Saer, solo se puede encontrar en la ceniza.

Durante los primeros miles de años de existencia humana, la arqueología es la única forma de conocer las distintas caras de la violencia. Hace unos cinco mil años los textos vienen a enriquecer la arqueología, pero no la hacen innecesaria. Ni siquiera en el caso de los conflictos más recientes. ¿Por qué? Porque la arqueología siempre podrá contar, a partir de los objetos olvidados y las ruinas, historias que nadie ha querido (o no ha podido) contar. Historias que nos hablan del soldado de a pie en una trinchera, de los civiles asesinados en una fosa común o del poblado arrasado por las legiones romanas al que ningún cronista de la Antigüedad dedicó una sola línea.

Este es un libro sobre guerra, más que sobre batallas. Porque la guerra es mucho más que batallas. Es, para empezar, lo que el antropólogo Marcel Mauss denominaba un “hecho social total”, es decir, un fenómeno social, jurídico, económico, religioso e incluso estético que involucra a la totalidad de la sociedad y sus instituciones. [...]»

«En este libro [...] se cuentan muchas historias. De personas, más que de falanges o divisiones. De individuos normales y corrientes, hombres y mujeres, ancianos y niños, más que de generales y políticos. Se cuentan historias terribles de muerte y destrucción, pero también historias banales, del día a día, porque, como escribe Alexiévich, “en la guerra, aparte de la muerte, hay un sinfín de cosas, las mismas cosas que llenan nuestra vida cotidiana”.»

«Hablo de historias y también de Historia, con mayúscula. Porque aunque he tratado de escribir un relato sobre la gente en la guerra, también he tratado de escribir algo más que un relato: la arqueología nos ayuda a comprender procesos sociales y patrones históricos. A través de los restos materiales del conflicto podemos llegar a saber muchas cosas sobre cómo se organizaban las sociedades en el pasado (y en el presente), sobre cómo percibían la violencia y el papel que atribuían a la guerra. A través de los restos materiales también podemos descubrir cuándo la violencia empieza a convertirse en guerra o qué relación existe entre esta y la aparición de sociedades patriarcales, o con el cambio climático. También por qué las armas son tan hermosas, siempre, si cumplen una función tan horrible. A veces, en el pasado remoto encontramos respuestas para la violencia de nuestra era. O nuevas preguntas.»

Antes de la guerra. Violencia colectiva en el Paleolítico y el Neolítico

«En este libro [...] voy a distinguir la violencia colectiva en general (como las razias, las emboscadas, las batallas rituales y los pogromos) del tipo específico de violencia organizada que es la guerra. La guerra se diferencia de otros tipos de conflicto por varios aspectos: implica dos o más grupos identificados como tales que participan en las hostilidades; la noción de guerrero o soldado (a tiempo completo o parcial, pero siempre

ligado a una identidad y actividad específica); la existencia de ejércitos (temporales o permanentes) con sus respectivas formas de institucionalización (reglas, rituales, cargos, jerarquías); un arte marcial (normas de combate y conocimientos tácticos que se pueden aprender y transmitir); una mínima duración en el tiempo (no pueden acabar en unas horas), y una cierta discrecionalidad temporal (no pueden extenderse durante siglos). A todo ello añadiré un elemento muy arqueológico: la guerra implica una cultura material específica, distinta de la cotidiana. Con los datos de que hoy disponemos, es imposible afirmar que en el Paleolítico hubiese guerra. Sí hubo violencia. [...].»

«Hasta la aparición del ser humano moderno, no existe evidencia no ya de guerra, sino de violencia colectiva organizada. Si llegó a ocurrir, por ahora no disponemos de pruebas arqueológicas que lo corroboren, como podrían ser fosas comunes o asentamientos arrasados. Contamos en cambio con restos humanos del Pleistoceno Medio (de entre 774.000 y 129.000 años antes de nuestra era) con signos de violencia en forma de traumas *ante mortem* y *perimortem*.»

«¿Tienen que ver los traumas del Pleistoceno Medio con la violencia? En algunos casos parece que sí. Por ejemplo, el de un homínido descubierto en la Sima de los Huesos, en Atapuerca. En este yacimiento se recuperaron los restos de un mínimo de 28 individuos datados hace unos 430.000 años.³ Varios tenían fracturas ante mortem curadas, pero un cráneo en concreto mostraba dos lesiones contusas *perimortem* en la parte frontal (Figura 1). Es decir, alguien golpeó con fuerza la cabeza del homínido con un objeto y de forma repetida, lo que debió de causarle la muerte, pues las heridas no se llegaron a cerrar. ¿Cómo sabemos que no fue un accidente? Las lesiones casuales suelen localizarse en los lados del cráneo, mientras que las intencionales aparecen por lo general en la cara o en la parte posterior. En el homínido de Atapuerca se encuentran en la zona del rostro. Se trata posiblemente del ejemplo más antiguo de violencia interpersonal, letal y deliberada que conocemos. [...].»

«En Atapuerca han aparecido más evidencias osteológicas que pueden asociarse con violencia. Se trata de los huesos de la Gran Dolina, fechados en el Pleistoceno Inferior, hace unos 800.000 años, y que pertenecen a un *Homo antecessor*. [...] Las víctimas eran infantiles e inmaduras, lo que no es coherente con casos de canibalismo conocidos en sociedades humanas, pero sí con los de chimpancés. Es posible que los homínidos de Atapuerca organizaran ataques a otros grupos para apropiarse de los miembros más débiles y devorarlos, y dado que esto sucede a lo largo de mucho tiempo, se podría considerar una práctica cultural. Pero ¿podemos usar el concepto de violencia colectiva o de conflicto en este contexto? Difícilmente. Estamos hablando de homínidos de hace casi un millón de años en los que las lógicas culturales de los humanos modernos no funcionaban. Es posible que cazar a otros homínidos no fuera muy distinto a cazar otros animales.»

«Es probable que la violencia organizada surgiera al mismo tiempo que se detectan otros comportamientos característicos de los seres humanos modernos, como la decoración corporal, hace unos 150.000 años. Y es muy posible que tenga que ver con cuestiones evolutivas: los humanos anatómicamente modernos tienen mayor capacidad de pensamiento simbólico, pueden comunicar mensajes complejos a través de lenguaje y sus formas de sociabilidad y cooperación son más sofisticadas.» La cooperación puede ponerse al servicio tanto de objetivos pacíficos como violentos: pintar Altamira u organizar una

razia. Además, mayores niveles de pensamiento simbólico implican también un mayor desarrollo de la identidad colectiva. Y pocas cosas causarían tantos muertos a lo largo de la historia como la noción de pertenencia a un determinado grupo.»

«Los testimonios de violencia colectiva en Europa durante el Paleolítico Superior (40.000-12.000 años a. C.) todavía son escasos. Seguimos contando con pruebas de agresiones interpersonales: restos humanos con traumas causados por ataques de otros humanos. Y en algunos casos son particularmente evidentes, como la vértebra de Montfort-sur-Lizier (sur de Francia), que apareció con una lámina de cuarcita clavada. Pero nada indica claramente que estemos ante eventos de violencia organizada a gran escala.

Sin embargo, es en el Paleolítico Superior cuando surge un invento que hará la violencia colectiva más letal. El invento más importante en la historia de la guerra hasta la generalización de las armas de fuego a inicios de la edad moderna. Hablo del arco y las flechas.»

«El descubrimiento de los arcos más antiguos conocidos se lo debemos a Alfred Rust, un electricista de Hamburgo aficionado a la arqueología [...]. El hallazgo de su vida lo hizo, sin embargo, al lado de su casa. En Stellmoor, una zona pantanosa en las cercanías de Hamburgo, Rust halló los restos de dos arcos y nada menos que un centenar de flechas emplumadas asociadas a restos de animales y objetos de piedra tallada del final del Paleolítico.

La historia no se acaba aquí, porque el museo que custodiaba los hallazgos, en la ciudad de Kiel, fue bombardeado en 1944, durante la segunda guerra mundial, y los tesoros de Stellmoor se perdieron para siempre. Cuando ya nadie esperaba volver a saber de ellos, en 2013 la hija de Rust decidió donar a un museo de Schleswig, la región donde se encuentra el yacimiento de Stellmoor, una serie de documentos, libros y materiales de las excavaciones de su padre. Entre los objetos aparecieron fragmentos de madera de las flechas descubiertas en 1935. Los arqueólogos los enviaron inmediatamente al laboratorio: los análisis identificaron la madera (abeto) y la resina del empuñe (pino) y ofrecieron varias dataciones de carbono; una de ellas estaba comprendida entre 9900 y 9300 a. C. lo que confirma que las flechas de Stellmoor son las más antiguas del mundo.¹² No parece que se emplearan para matar a otros seres humanos: lo que había en el yacimiento eran miles de huesos de bisonte, reno y caballo salvaje. Pero es probable que las mismas armas de caza se utilizaran en conflictos cuando fuera necesario.»

El alba de la guerra en Europa

«En una encuesta imaginaria sobre los períodos más importantes de la historia estoy seguro de que no nos encontraríamos el Calcolítico, ni en los primeros puestos ni en los últimos. Tampoco la Edad del Bronce. Y es un error. Porque la Edad de los Metales, que cubre los tres milenios antes de nuestra era en Europa, es una de las fases decisivas de la historia del continente. En realidad, siempre se ha considerado importante porque aparece el metal: primero el cobre (entre 4500 y 2500 a. C., según las zonas), después el bronce (hacia 2200 a. C.), y por último, el hierro (en torno al 800 a. C.). Sin metales hoy seguiríamos fabricando armas, pero no aviones, satélites ni ordenadores. La relevancia del metal no nos debería hacer olvidar otros fenómenos que son igual de importantes o más; entre otros, las diferencias sociales, el patriarcado y la guerra. Aunque no todo empezó en la Edad de los Metales, mucho de lo que empezó entonces sigue teniendo repercusiones

en el presente. Al fin y al cabo, hoy todavía vivimos en sociedades con diferencias sociales, patriarcado y guerra.»

«Si a partir del 2500 a. C. se encontró una forma de encauzar la violencia (sin acabar con ella) fue quizá también porque la gente encontró mecanismos políticos y estrategias económicas para lidiar con los problemas a los que se enfrentaron los neolíticos y evitar así crisis como la que acabó con la LBK. Un mecanismo político fue la institucionalización de la guerra —con sus normas y ritos— como forma de relación entre comunidades. Una estrategia económica fue la explotación de otros recursos alimenticios. Es lo que se conoce como Revolución de los Productos Secundarios:³ con este nombre se refieren los arqueólogos al comienzo del aprovechamiento de derivados de la ganadería, como la leche, el yogur y el queso, que eran generalmente desconocidos (o poco utilizados) en el Neolítico. En relación con ello está también la introducción del arado, que permite arar más superficie y suelos más profundos, y el abono, que incrementa la productividad de la tierra, ambos relacionados con el uso secundario de los animales, es decir, más allá de su carne y su piel. Una agricultura y una ganadería más productivas pudieron evitar crisis graves y colapsos sistémicos durante el tercer y segundo milenios. Una economía más productiva, sin embargo, significa excedentes que determinados personajes pueden convertir en capital político: a partir de la Edad del Cobre son ya evidentes las diferencias sociales y la existencia de unos jefes que se autodefinen como guerreros. Parece una tautología, pero lo cierto es que la institución de la guerra no se entiende sin la institución del guerrero y ambas se retroalimentan. Porque la identidad guerrera será uno de los motores del conflicto a partir de entonces.»

Los reyes asesinos. Violencia en el origen del Estado

«A cien kilómetros al norte del Nilo Azul, en el límite del desierto oriental de Sudán, se levanta una mole de roca. Se llama Jebel Qeili y es la única elevación en una llanura que parece inacabable. Difícil no dar con ella. [...] Desde la cima, las vistas sobrecogen. Uno tiene la impresión de que puede abarcar el país entero con la mirada. Pero lo que nos interesa no es el paisaje: son las rocas por las que trepamos. O más bien, lo que hay en ellas. Porque en la superficie pulida por el viento alguien grabó hace seis mil años manadas de jirafas, seguramente las jirafas que corrían entonces a los pies de Jebel Qeili, entre acacias y ríos. Porque hace seis mil años el desierto era verde: una sabana. El paisaje comenzó a volverse árido poco después. Para los inicios de nuestra era, el cerro marcaba ya la frontera entre el desierto y la estepa, donde todavía era posible una agricultura de secano. Una zona de frontera natural. Y también política: nos lo revela otra de las sorpresas de Jebel Qeili. Pero para descubrirla tenemos que bajar la mole rocosa y buscar un pequeño afloramiento en el que sobresale una pared casi vertical y perfectamente lisa. Aquí también se pueden ver grabados, solo que más recientes. El surco que dejó el buril de hierro es tan fino que apenas si se distingue de las vetas de mineral. ¿De qué se trata?

De un rey. La imagen representa a Shorkaror, monarca del reino de Meroe, vecino del Egipto romano, que reinó en el siglo I d. C.. Sobre el monarca se observa a una divinidad solar que le ofrece un manojo de espigas de sorgo. La divinidad aparece representada con las convenciones propias del arte helenístico, que llegó también a este rincón de África. En un registro inferior se observa, en cambio, algo que pertenece a una tradición mucho más antigua: la del Egipto faraónico. Montones de prisioneros. Un grupo de ellos pende de cuerdas que sostiene el dios solar y entrega a Shorkaror. Otros se encuentran bajo la figura del monarca, atados de pies y manos, en una postura forzada,

claramente como humillación y castigo. Un tercer grupo parece descoyuntado, quizá estén muertos. Nos hallamos ante la imagen de un líder triunfante, a quien la divinidad ha bendecido con victorias sobre sus enemigos. Y ahí están: muertos, torturados, esclavizados. Con toda probabilidad se trata de las poblaciones negras que vivían en la periferia de Meroe, nómadas o agricultores. Cada uno de los grupos de prisioneros representa a quienes vivían en las regiones fronterizas. [...]»

«En este capítulo volvemos a los tres milenios que precedieron a nuestra era. Pero abandonamos Europa para explorar el nordeste de África, el Próximo Oriente y China. ¿Qué tienen en común estas tres regiones? Que en ellas el Estado emergió por primera vez y de forma autónoma, sin influencia externa. El debate sobre qué es y qué no un Estado resulta interminable, como lo son las discusiones sobre qué formaciones políticas pueden denominarse así. En la Antigüedad, Egipto, los reinos mesopotámicos y China no ofrecen dudas. Son el paradigma de lo que es un Estado antiguo: reyes poderosos, jerarquización social, religión organizada, escritura, burocracia, ejércitos. Tienen algo más en común: reyes asesinos. Monarcas que proclamaron su ira a los cuatro vientos y que se enorgullecieron de ella. Que sacrificaron a cientos o miles de prisioneros de guerra a los dioses, en los campos de batalla, en los templos, o a sí mismos, en sus tumbas. Existe, cómo no, mucho debate sobre si el Estado supone más o menos violencia. De lo que no hay duda es que en la mayoría de los estados arcaicos el monopolio real de la violencia vino de la mano de unos ritos extraordinariamente sangrientos. Casi todos ellos desaparecieron de forma tan repentina y misteriosa como aparecieron. Lo que no desapareció fue la guerra.»

Civilización y barbarie. La guerra en Grecia y Roma

«La guerra no es el residuo de formas de agresión más primitivas [...] En sus aspectos más característicos, como la disciplina, el entrenamiento, la organización de grandes masas de hombres en unidades, los asaltos destructivos en masa, los sacrificios heroicos, las destrucciones totales, el exterminio, las conquistas y la esclavitud, la guerra es más bien un invento típico de la civilización: su drama más perfecto”, escribió Lewis Mumford.¹ Posiblemente ninguna cultura se asocia más estrechamente a la idea de civilización en Occidente que las de Grecia y Roma. Lo que denominamos mundo clásico equivale, en nuestra imaginación histórica, a democracia, derecho, filosofía y arte. Pero la cultura de griegos y romanos es inseparable de la guerra. De hecho, ambas civilizaciones pasaron buena parte del tiempo ejerciendo la violencia a pequeña, mediana y gran escala, y esta fue fundamental en su organización política y social, sus tradiciones, su arte y su literatura. Ejercieron la violencia de manera habitual y con entusiasmo, a veces de una forma salvaje que repugna a nuestra sensibilidad, otras de manera más ritualizada y sometida a normas estrictas. También escribieron —y mucho— sobre la guerra, desde tratados militares a tragedias. Y la pintaron, la esculpieron y la convirtieron en monumentos. Quizá con la excepción de la iconografía, los restos arqueológicos no son imprescindibles para hablar de la guerra en el Mediterráneo antiguo. Existen cientos de libros que la describen y la explican sin hacer referencia a las huellas materiales, más allá del arte que representa soldados y batallas. Pero los restos arqueológicos transmiten una historia cruda y sin los adornos de la literatura y el arte. [...]»

Razias y batallas campales: la guerra en la Edad Media

«En este capítulo hablaré de las formas de la guerra y la violencia colectiva en Europa y África durante la era medieval. Los historia-dores insisten mucho en que el inicio de la Edad Media no supuso el retorno a un mundo más oscuro y bárbaro. Y es verdad. Pero en la guerra, como en otros ámbitos, aparecen prácticas que tenían más que ver con el mundo prehistórico que con las llamadas civilizaciones clásicas: vuelven los guerreros aristócratas, con sus armas singulares, sus seguidores y su búsqueda de botín y de prestigio. Recordemos que, en el norte de Europa, la Edad del Hierro no llegó a su fin hasta el siglo VIII. Lo que llamamos Alta Edad Media, por tanto, es más bien la colisión entre Prehistoria y Antigüedad y la extraña mezcla que surge de ella. En este capítulo veremos cómo el mundo altomedieval de razias y héroes se va transformando y dando lugar a otro tipo de enfrentamientos, en los que las grandes batallas con ejércitos de levás vuelven a cobrar protagonismo. También cobrará protagonismo otro tipo de violencia cuyas últimas consecuencias solo llegamos a conocer en el siglo XX.»

América: la guerra antes de Europa

«Los Awá son una de las últimas comunidades de cazadores-recolectores de América —y del mundo—. En el momento de la conquista europea se dedicaban a la agricultura, vivían en poblados semisedentarios y seguramente formaban un grupo de varios miles de individuos. Para huir de los colonizadores y las consecuencias de la colonización se internaron en la selva y volvieron a un modo de vida cazador-recolector. Hoy quedan poco más de un centenar en reservas asediadas por rancheros y madereros. En el año 2007, mientras realizaba trabajo etnoarqueológico con ellos, su territorio volvió a ser invadido, en este caso por campesinos sin tierra. Los Awá se prepararon para enfrentarse a ellos. La forma en que lo hicieron no debió de diferir mucho de la de sus ancestros Tupíes hace quinientos o mil años. Se pintaron la cara de negro con el fruto de la genipa, que recogen en sus expediciones de caza, y tomaron arcos y haces de flechas, *takwara* de punta lanceolada y dos palmos de longitud, capaces de matar a un tapir de trescientos kilos. También se armaron de espingardas, las rudimentarias escopetas que les regalaron los funcionarios de la Fundación Nacional del Indio, la FUNAI, cuando contactaron en los años ochenta. Empezamos la marcha a paso ligero por un sendero en dirección al este, que es por donde venía la invasión —por donde han venido todas las invasiones de América—. Para quienes no estamos habituados a la selva, los senderos parecen todos iguales. Troncos gigantes, telarañas que nos tragamos a la carrera, hojas muertas, raíces. Y de repente, la luz: la señal de que cede la selva y se abre la roza. Los Awá estaban impacientes. Se alinearon frente al claro y apuntaron sus flechas y escopetas. Querían atacar.

Y aquí llega el anticlímax —disculpa, lector, que esperabas sin duda la narración de una batalla—. Porque convencimos a los Awá de que era mejor informar de la invasión a la FUNAI y a la policía. Aceptaron a regañadientes. La razia acabó antes de haber comenzado. Pero hubo otra, un año después. En esta ocasión ya no estábamos nosotros. Y atacaron. Capturaron a un caboclo, se lo llevaron a la aldea, lo ataron a un poste y lo mataron. El cuerpo del guerrero adornado, arcos y flechas, la razia, la captura de enemigos, el sacrificio. Lo que vi y lo que no vi, lo que llegué a saber, forma parte de una historia profunda de la violencia en América. Y esa historia profunda es en la que vamos a adentrarnos en este capítulo.

Tratar de abarcar toda la historia de la violencia en la América precolombina en un solo capítulo es osado. Hablamos de un continente once veces más grande que Europa y con un pasado humano de más de veinte mil años. Lo que haré aquí, por tanto, será centrarme en tres regiones de las que poseemos mucha información arqueológica y etnohistórica y que cuentan con casos de estudio elocuentes: el sudoeste americano, Mesoamérica y la región andina. El período que exploraremos será el comprendido desde mediados del primer milenio de nuestra era hasta justo antes de la llegada de los europeos, es decir, unos mil años. Es en ese período cuando surgen casi todas las formaciones estatales las de los Mayas, Aztecas, Moche e Incas. Pero es también un período de resistencias, de colapsos y de sociedades sin Estado. Comenzamos por estas últimas.»

La globalización de la violencia. La guerra a inicios de la modernidad

«Estoy en la selva. Otra vez los árboles enormes, la oscuridad y las telarañas. Ahora, además, llueve. Aunque a decir verdad la selva no es una selva, sino una jungla: un bosque secundario enmarañado con palmas y helechos gigantes. Y esta vez no me acompañan cazadores-recolectores, sino mis colegas arqueólogos. He cruzado el Atlántico y me encuentro en África Central, en el estuario del Muni, entre Guinea y Gabón. ¿Qué hacemos aquí? Buscamos un fuerte. Un fuerte europeo del siglo XVII. Y sabemos que tiene que andar cerca, porque en los años sesenta un misionero claretiano encontró a los pies del cerro por el que trepamos trabajosamente un cañón de la época. El emplazamiento es ideal: desde lo alto se divisa todo el estuario. No podría decir si finalmente encontramos el fuerte. Es posible, pero resulta difícil asegurarlo por la vegetación que lo invade todo. También porque era de tierra, como tantos que construyeron los europeos en su expansión ultramarina: lugares armados a toda prisa para controlar rutas, abastecer barcos, comerciar. En las semanas siguientes buscamos más fortificaciones en el Muni, con resultados similares: en la isla de Corisco descubrimos un horno de fines del XIX y a su lado una montaña de ladrillos macizos. En el horno, los claretianos fundieron los muros de un fuerte holandés para producir cal con la que construir su misión. Destruyeron un imperio para levantar otro. En la isla de Elobey Chico, los españoles también desmantelaron un fuerte, pero no para edificar una misión, sino un cuartel... El imperialismo español, al final, se reduce a eso: el fusil y la cruz. De la fortificación no quedan más que unos cuantos metros de foso. Del cuartel español tampoco sobrevive mucho: una letrina. Y creo que no caben más metáforas en tan poco espacio. Cuando nos vamos de la isla recojo un ladrillo macizo en la playa. Un ladrillo de color naranja como los que fundían los claretianos en Corisco. Se leen tres letras: COV. No me dice nada. Entonces. Porque esa misma noche tengo un sueño. El ladrillo se refleja y las letras se invierten: VOC. Verenigde Oostindische Compagnie. Compañía Unida de las Indias Orientales.

Esos fuertes efímeros y minúsculos en un continente infinito son todo lo que queda de una gran historia. Grande por sus implicaciones y por su escala geográfica. Es la primera historia global, la de la expansión del capitalismo, la mundialización de la violencia, la aniquilación del espacio y del tiempo. Los portugueses llegaron al Muni en 1483, los neerlandeses hacia 1600. Esta zona remota, que lo es todavía hoy, se convirtió en un escenario más de la guerra que dos imperios, el portugués y el holandés, libraron en tres océanos a lo largo de sesenta años: de 1602 a 1663. En Brasil, el golfo de Guinea, Sudáfrica, Indochina, Macao, Taiwán.

La información arqueológica que existe sobre las guerras de la primera modernidad, del siglo XVI al XVIII, es muy amplia. Pero la historia que quiero contar aquí no

es la de las batallas a campo abierto con sus piqueros y arcabuceros. Es esa historia global que me encontré (o casi) en el estuario del Muni. Una historia de conquistas, rebeliones y resistencias que enfrentó a los europeos entre sí y con todos los pueblos del mundo.»

Violencias del siglo XIX: campañas imperiales y guerras civiles

«Si la época contemporánea comienza con la Revolución francesa en 1789, podríamos decir que la arqueología de la época contemporánea comienza con las fosas de Le Mans en 1793. Y podríamos decirlo porque son posiblemente el primer ejemplo material de violencia ideológica de carácter no religioso. Si bien el detonante de la guerra en La Vendée fue el rechazo al servicio militar obligatorio, en ella se enfrentaron dos cosmovisiones: la revolucionaria y laica del gobierno republicano y la reaccionaria y católica del Antiguo Régimen. El factor ideológico fue determinante en las atrocidades que se cometieron, especialmente por parte de los revolucionarios.

Aunque en las fosas se exhumaron los restos de varios soldados (algunos republicanos), la mayoría eran civiles: un 42 %, mujeres y menores. Los niños representaban el 12,5 % de los sepultados, incluidos dos que no llegaron a cumplir cinco años.¹ Como en otros casos que hemos visto a lo largo del libro, se observa una diferencia en la violencia contra hombres y mujeres. En el caso de los hombres, la muerte se produjo por arma de fuego, probablemente en combate. En el de las mujeres, que son mayoría en dos de las fosas, por arma blanca o golpes. Es posible que las violaran antes de morir, pues, como en tantos otros conflictos, las agresiones sexuales fueron generalizadas en la guerra de La Vendée.

Las fosas de Le Mans revelan un tipo de violencia típicamente contemporánea: la de la guerra total, en la que no se diferencia entre combatiente y civil y priman los motivos ideológicos. Es una forma de guerra, también, en la que el paisaje se transforma radicalmente, se movilizan todos los recursos humanos y materiales y la tecnología más avanzada se pone al servicio de la violencia. Todo ello se advierte en los conflictos del siglo XIX. En este capítulo nos detendremos en tres que alcanzaron dimensiones de guerra total: las napoleónicas, la guerra civil en Estados Unidos y las campañas coloniales que preludian los genocidios del siglo XX.»

Pocas guerras se han representado tanto en el arte como las napoleónicas. Tenemos tal cantidad de imágenes de húsares y dragones, cargas a caballo, soldados en formación con sus uniformes de colores y generales en poses épicas que resulta difícil no imaginar las batallas exactamente así. Las fosas comunes nos ofrecen una imagen bien distinta. Teniendo en cuenta que entre 1803 y 1815 fallecieron a causa del conflicto unos 3,5 millones de personas (entre ellas un millón de civiles), no parece descabellado decir que la verdadera historia de las guerras napoleónicas está precisamente ahí, bajo tierra, en los esqueletos de quienes no sobrevivieron para dejar testimonio y que son, como decía Primo Levi, quienes de verdad lo han visto todo.

Los restos, como siempre, nos hablan de la violencia de los combates, en este caso caracterizados por el uso masivo de las armas de fuego; frente a la imagen popular de las cargas a bayoneta, por cada herido por arma blanca había veinte por bala de mosquete.³ Y nos hablan de las penurias que sufrieron los soldados: los restos de cincuenta soldados franceses recuperados en el campo de batalla de Wagram, Austria (5-6 de julio de 1809), mostraron huellas de neumonía, escorbuto y traumatismos en las articulaciones. Y es que el ejército napoleónico lo formaban hombres enfermos y extenuados, hombres que llevaban en muchos casos años combatiendo en condiciones durísimas y realizando largas

marchas a través de Europa. Las fosas más horribles, sin embargo, no son las que resultaron de grandes batallas campales: son las de quienes murieron de hambre o enfermedad, o asesinados salvajemente, desde las estepas rusas a la costa mediterránea.»

La era de la devastación (1919-1945)

«A la entrada de Ali Sabieh, en el sur de Yibuti, se levanta el macizo rocoso de Ambocto, que a simple vista no difiere del resto de los macizos rocosos que rodean la ciudad. Si nos fijamos un poco más, sin embargo, veremos que algunas de las rocas no son tales, sino fortines de hormigón. Los comenzaron a levantar los franceses en marzo de 1939 ante la posibilidad de que la Italia fascista atacara esta diminuta colonia a orillas del mar Rojo. Y efectivamente, Italia atacó. Lo hizo un año después, en junio de 1940, tras declarar la guerra a Francia y Reino Unido. Francia se rindió solo doce días después, pero las fortificaciones de Ali Sabieh resistieron algunas semanas más. Las había ordenado levantar el general Paul Legentilhomme, firme partidario de la Francia Libre que siguió luchando después de que la metrópoli firmara el armisticio con los nazis. Los fortines de Ambocto se conservan en buen estado, incluso las alambradas de espino se encuentran en su sitio. En superficie se observan casquillos percutidos y trozos de metralla de los combates de 1940. Cuando prospectamos la posición dimos con un gran basurero en el acceso principal, con cientos de botellas, valvas de ostras y latas oxidadas. Las latas eran de sardinas y atún, y procedían de Francia y el protectorado marroquí. Las botellas, de vino y de agua mineral. En el fondo de las de agua se lee su origen: Vichy. Es posible que la arqueología de la segunda guerra mundial no revele grandes verdades ocultas, pero apuesto a que el lector no se imaginaba que los soldados franceses que luchaban en Yibuti en 1940 bebían agua de Vichy y comían ostras frescas. Lo cierto es que, aunque la arqueología no revele algo completamente desconocido sobre las guerras mundiales, sí puede contar la historia de otra manera: nos recuerda el carácter global de los conflictos, al explorar regiones marginales que han recibido escasa atención; recupera las experiencias ordinarias de los soldados y los civiles; revela cómo la violencia industrializada transformó el paisaje y saca a la luz los crímenes que se cometieron, incluido el peor de todos: el Holocausto.»

Las ruinas del presente. La guerra desde 1945

«La pista de tierra atraviesa un bosque de bambú. Los tallos son gruesos como un brazo y amarillos, porque nos encontramos al final de la estación seca. Cruzamos Anbässa Ch'aka, el Bosque del León, en Etiopía, aunque hace mucho que huyeron los leones y del bosque cada vez queda menos. En un recodo de la carretera, nos encontramos la carcasa de un camión calcinado y al lado un antiaéreo. Paramos el coche y nos acercamos a indagar. El antiaéreo es un ZU-23, un arma diseñada a fines de los cincuenta en la Unión Soviética. Las 140.000 unidades que se llegaron a fabricar están generosamente distribuidas por el mundo: Somalia, Angola, Libia, Vietnam, Venezuela, Siria, Yemen... Los cañones del arma han desaparecido, solo queda el afuste. Y la munición: cartuchos reventados de 23 mm que salpican la tierra roja, la cuneta y las raíces del bambú. Se concibieron para derribar aviones, pero en África se han usado sobre todo para destrozarse personas. El chasis del camión que transportaba el ZU-23 está perforado en innumerables sitios. Podemos reconstruir lo que sucedió: las tropas del gobierno comunista etíope (el Därg) atraviesan el bambudal, un lugar perfecto para una emboscada, los guerrilleros esperan a que pasen los vehículos blindados que abren el convoy, llega el camión con el antiaéreo, disparan un RPG a la plataforma, el cohete impacta en la munición, que explota lanzando esquirlas por

todas partes y matando al conductor y a los soldados que viajan en el camión. El enfrentamiento tuvo lugar al final de la guerra civil etíope y es uno de los muchos que documentamos por las carreteras del país. Tesfaye, un campesino de la zona, de unos sesenta años, me cuenta que el ataque tuvo lugar en diciembre de 1990 y lo llevó a cabo el Frente Popular de Liberación de Eritrea. “Mataron a muchos, muchos soldados, y los enterramos nosotros mismos, en el mismo lugar donde murieron. Lo hicimos con temor a que nos consideraran partisanos”, me dice. Los enterraron a todos juntos, en una fosa que nadie ha exhumado aún y posiblemente nadie exhume nunca. Y Tesfaye continúa: «El Därg se llevaba a gente joven a luchar, la mayoría no volvían, algunos sabemos que murieron, de la mayoría no sabemos cuál fue su destino». A los jóvenes los reclutaba el gobierno, nos dice, en cuanto cumplían dieciséis años. Dos de sus hijos desaparecieron en la guerra. Otro murió de enfermedad. Se dice que los soldados veteranos tienen una mirada característica, la de los mil metros. Habría que buscar un nombre para definir la mirada de los civiles que lo han sufrido todo, lo han perdido todo y siguen ahí. La mirada de Tesfaye.

Pocos conocen el conflicto que arrasó Etiopía entre 1974 y 1991. Pero formó parte de la tercera guerra mundial, aquella que llamamos “guerra fría” y que solo fue en una parte del mundo. Una guerra que dejó fosas y ruinas en el sur y refugios antinucleares en el norte. Y muchas más cosas. Porque las guerras contemporáneas, incluso aquellas de las que no nos enteramos, o de las que nos enteramos, pero no nos importan, transforman el paisaje como nunca antes.

Ni el fin de la segunda guerra mundial ni el de la guerra fría han supuesto un descenso en la violencia armada. De hecho, un tipo de conflicto —la guerra civil— no solo no ha disminuido sino que se ha incrementado exponencialmente desde que acabó la última guerra mundial. Tras un breve retroceso a mediados de los noventa, volvió a crecer con fuerza a partir de 2003, en parte espoleada por la desastrosa intervención de Estados Unidos en el Próximo Oriente y el auge de las nuevas tecnologías.² Con los conflictos civiles, además, han regresado los genocidios. [...] »

ÍNDICE

Prefacio.....	11
1. Antes de la guerra. Violencia colectiva en el Paleolítico y el Neolítico	15
2. El alba de la guerra en Europa.....	49
3. Los reyes asesinos. Violencia en el origen del Estado.....	87
4. Civilización y barbarie. La guerra en Grecia y Roma.....	129
5. Razias y batallas campales: la guerra en la Edad Media.....	177
6. América: la guerra antes de Europa.....	217
7. La globalización de la violencia. La guerra a inicios de la modernidad	261
8. Violencias del siglo XIX: campañas imperiales y guerras civiles	299
9. La era de la devastación (1919-1945).....	337
10. Las ruinas del presente. La guerra desde 1945.....	379
Reflexiones finales	399
Notas.....	409
Bibliografía	431
Índice analítico	477



CRÍTICA

PARA AMPLIAR INFORMACIÓN, CONTACTAR CON:

Itziar Prieto (Responsable de Comunicación Área Ensayo):

659 45 41 80/ iprieto@planeta.es